Conexión telefónica - Pensamiento espiritual
(en castellano para Sudamérica)

Rocca di Papa, 23 de octubre de 1997

Santa Teresa del Niño Jesús, doctora de la Iglesia

Hemos asistido, en este mes, a la solemne proclamación, hecha por el santo Padre Juan Pablo II, de santa Teresa de Lisieux como doctora de la Iglesia.

Desde hace tiempo esto se preveía. Algunos dudaban de esta posibilidad, pues esta santa no cursó ningún tipo de estudios universitarios; sus escritos carecen de una "presentación científicamente elaborada de las cosas de Dios" y por la desarmante sencillez de su modo de pensar.

Últimamente se decía que sería definida "joven doctora".

Pero la Sabiduría, que nunca falta en la Iglesia, en cambio decidió: santa Teresa del Niño Jesús será la trigésima tercera doctora de la Iglesia.

¡Un gran honor, un honor inestimable! Si su vida ha sido publicada en más de 500 ediciones y ha invadido el mundo (incluso más de la Obra de santa Teresa de Ávila, según se dice), ahora tendrá una difusión mayor. Se querrá conocer todavía más que tenía de extraordinario esta joven carmelita.

Lo extraordinario de esta alma, me parece, lo ha destacado el santo Padre en su discurso. Ha visto la grandeza de Teresa en su descubrimiento: "En la Iglesia, mi madre, yo seré el amor".

Deseaba ardientemente tener muchas vocaciones en la Iglesia: la del sacerdote, el misionero, etc. Pero no era esa la voluntad de Dios para ella. De modo que el Espíritu le reveló con claridad su papel específico en la Esposa de Cristo: ser el amor.

Y ser el amor no ha sido sólo un descubrimiento para ella, ha sido su vida. Los testimonios, que permitieron proclamarla santa, lo demuestran.

También yo me he quedado sorprendida al comprobar como su breve vida estaba increíblemente bordada de actos de amor y no sólo a Dios (es conocida y admirable su confianza sin límites en Él), sino hacia el prójimo.

Teresa había encontrado, pues, su lugar en la Iglesia. Pero, parece ser que cuando Teresa comprendió, con exaltante alegría, su vocación, no era claro para ella lo que el Espíritu Santo le había revelado.

De hecho, podemos pensar que ser el amor en la Iglesia no sea sólo la vocación de Teresa. Es la vocación que, en estos tiempos, más se destaca en cada mujer cristiana.

De hecho, hoy, cuando la Iglesia, por circunstancias relacionadas sobre todo con otras porciones de cristiandad, necesita precisar su posición, que es la de Cristo, en relación al sacerdocio femenino, las mujeres advierten, como Teresa, en sus corazones con una mayor convicción, que lo que da sentido a sus vidas es precisamente el amor.

Y es en esta vocación típica de la mujer de hoy, que sigue a Cristo, que radica su genialidad, lo que el Papa Juan Pablo II llama precisamente "genio femenino".

Tal vez sea también por este descubrimiento de Teresa que hoy tenemos en ella a una doctora de la Iglesia.

De hecho, el Espíritu no le ha dirigido sólo una llamada personal sino general, extendida a todas las mujeres, destacando así un aspecto de la doctrina y de la vida cristiana.

Y ya que este descubrimiento de Teresa no es más que la revelación del perfil mariano de la Iglesia, cuyo modelo es María, perfil que mujeres y hombres están especialmente llamados a vivir hoy en la Iglesia, resulta una vocación universal.

¡Es el amor, ese excelso elemento derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos hace partícipes de la vida divina!

Ante la vocación de Teresa y a sus consideraciones sobre el amor, como vida de cualquier otra vocación cristiana, me vuelve a la memoria un fragmento exquisitamente oriental que Atenágoras me repetía y concernía justamente al Espíritu Santo:

"Sin el Espíritu Santo, Dios está lejos, Cristo está en el pasado, el Evangelio es letra muerta, la Iglesia es una simple organización, la autoridad es dominación, la misión es propaganda, el culto es evocación y el obrar humano es una moral de esclavo. Pero con Él, Cristo

está allí, el Evangelio es la misión trinitaria, la autoridad es un servicio liberador, la misión es Pentecostés, la liturgia es un memorial y una anticipación, el obrar humano se vuelve divino”[1].

Así, sin el amor que Él difunde, todo pierde sentido.

Esto lo sabía y nos enseña Teresa del Niño Jesús, doctora de la Iglesia.

El amor, se dice en estos días en la reunión del Centro, el amor recíproco es nuestro “distintivo”.

Entonces, pongámonoslo cada mañana, apenas nos despertamos, para no quitárnoslo más.

Chiara

[1] *Aforismi e citazioni cristiane*, Dizionari Piemme, 1994, p. 196.